

solo pequeños resultados, la balanza se restablece en el acto último, y es difícil que suceda un acontecimiento tan importante producido por causa tan pequeña y tan inesperada.

Acabamos de exponer en pocas palabras el plan de *Juan de Borgoña*; des- embarazando de él todas las escenas episódicas, solo nos resta examinar por qué su autor, que no carece de talento, ha desarrollado un argumento tan im- perfecto.

El error suyo consiste en haber confundido las dos clases de tragedias, la tragedia de sentimientos y la de sucesos. Basta para convencerse de ello haber establecido entre los dos héroes uno de los afectos naturales; por ejemplo, el de hermano á hermano ó el de padre á hijo; de ese modo hubieran desaparecido todas las deformidades de la accion. Si un hijo acusado de un crimen declara la guerra á su padre, ¿debia asombrarnos que los dos personajes que tenían motivo para exterminarse mutuamente se separaran, contentándose solo con amenazarse? ¿seria vergonzosa la fuga de un padre ante un hijo rebelde? Y si el hijo parece asesinado, á pesar de la órden contraria del padre, ¿la situacion de éste no seria interesante y dramática? Sin apercibirnos de ello casi acabamos de copiar la aventura de David y Absalón, que es una de las más trágicas que se encuentran en el Santo Libro.

En el caso actual, desde el momento en que el autor queria representarnos la muerte del duque de Borgoña, necesitaba elegir entre dos hipótesis; entre la de una muerte fortuita ó la de un asesinato premeditado. La primera era impracticable, porque toda tragedia debe tener principio, medio y fin. Admitiendo la segunda hipótesis, era preciso desde las primeras escenas proponer la cuestion trágica de si el duque seria ó no asesinado, y hacer que naciese el interés de la lucha de las circunstancias que le apartan de esta desgracia ó que le conducen á ella. Pero en esta tragedia tal como está escrita el espectador va de incidente en incidente hácia la catástrofe, sin que nada ligue la catástrofe á los incidentes, y apenas percibe aquí ó allá algunas intenciones dramáticas, algunas combinaciones teatrales, que naufragan entre el flujo y el reflujo de los episodios.

Walter Scott oculta su verdadero nombre bajo el pseudónimo de Jediah Cleis Botham. No sé por qué se le vitupera.

Si un necio llega á ser célebre, no escribe dos páginas sin firmarlas, creyendo que su reputacion ha de dársela el libro, cuando con frecuencia la del libro destruye la suya. El hombre de mérito, que ha alcanzado ya la gloria, evita algunas veces decorar con su nombre los escritos que entrega al público. Tiene bastante orgullo para saber que su nombre influye en la opinion y bastante modestia para creer que eso no suceda. Prefiere ser desconocido, para procurarse así en cierto modo una nueva gloria. Hay cierta fanfarronería en los guerreros de Homero que antes de combatir declinaban sus nombres y sus genealogías; pero son verdaderos héroes los caballeros franceses que combatian con la visera calada y no se descubrian el rostro hasta despues de haber hecho sentir el peso de su brazo.

Hay algunos desventurados que se empeñan en escribir, pudiendo hacer mejor cualquier otra cosa, solo por haber leído algun libro precioso, que les hace exclamar:—“Yo podria escribirlo tambien.”—Esta reflexion, si algo prueba, es que la obra es inimitable. En literatura como en moral, lo que es más bello parece lo más fácil. Existe en el corazon del hombre algo que le hace creer que puede realizar lo que desea; por eso cree que es fácil morir como Assas ó escribir como Voltaire.

Que Walter Scott es escocés, lo sabemos por sus novelas. Su afecto esclusivo hácia los escoceses prueba el cariño que profesa á la Escocia; apasionado por las antiguas costumbres de su patria, las pinta fielmente y se lamenta de no poder seguir las ya religiosamente, y la admiracion que profesa al carácter nacional resalta hasta en la complacencia que manifiesta detallando sus defectos. Una irlandesa, lady Morgan, se ha presentado, por decirlo así, como la rival natural de Walter Scott, obstinándose como él en tratar solo de asuntos nacionales; pero se ven en todos sus escritos más cariño á la celebridad que á su pais y más vanidad personal que orgullo nacional. Lady Morgan pinta con gusto á los irlandeses, pero pinta con mayor entusiasmo á una irlandesa, á ella misma. Miss O'Hallogan en *O'Donnell* y lady Clancare en *Florenca Marcarthy*, son lady Morgan, adulada por sí misma.

En honor de la verdad debemos decir

que junto á los cuadros llenos de vida y de calor de Walter Scott, los croquis de lady Morgan solo son pálidos y frios bosquejos. Las novelas históricas de esta dama se leen con gusto, es cierto, pero las historias romancescas del novelista escocés causan admiracion. La razon es muy sencilla; lady Morgan posee bastante tacto para observar lo que vé, bastante memoria para retener lo que observa, y es bastante sutil para referir á propósito lo que ha sabido retener; su ciencia no alcanza más allá. Hé aquí por qué sus caractéres, bien trazados algunas veces, no están sostenidos; al lado de un rasgo de verdad que os encanta, encontrais otro falso y chocante, porque lo ha inventado. Walter Scott, al contrario, concibe un carácter, despues de observar con frecuencia algunos de sus rasgos; lo vé con rapidez, y en pocas palabras lo pinta. Su excelente criterio le impide que se extravié, y lo que él crea es casi siempre tan verdadero como lo que observa. Cuando el talento llega á esa altura es un talento superior, de modo que este paralelo puede condensarse en dos frases: lady Morgan es una mujer de talento; Walter Scott es un hombre de génio.

Desconfiad de los hombres que, provistos de un antejo, os dicen continuamente: “Estoy estudiando el siglo,” porque los vidrios del antejo unas veces aumentan los objetos, y en este caso los gatos les parecen tigres; otras veces los empequeñecen, y entonces los tigres les parecen gatos. Se necesita ver y observar con los propios ojos. El moralista no debe hablar más que por su propia experiencia, si quiere gozar un dia de la inefable satisfaccion de encontrar sus libros encuadernados en la biblioteca de las gentes que no conoce.

Debe tener tambien el moralista otra condicion, de la que ya nos hemos ocupado; debe ser desconocido de los individuos que estudie, y entrar libremente en su casa sin que le conozcan. El observador que se envanee del papel que desempeña se parece á Arcos, cuando se convirtió en pavo real y se enorgullecia de poseer cien ojos que carecian de vista.

Cuando un idioma cuenta muchos siglos de literatura, como el nuestro, y le han manejado, torturado y perfeccionado; cuando se adapta á todos los estilos,

se pliega á todos los géneros y ha pasado por todas las formas materiales del ritmo y por cerebros cómicos, trágicos y líricos, como una espuma se escapa, del conjunto de obras que componen su riqueza literaria, cierta cantidad, cierta masa flotante de frases convenidas que pertenecen á todo el mundo y no son de nadie. Cuando se llega á ese caso, el hombre de menos inventiva puede, teniendo un poco de memoria, recoger del público dominio una tragedia, un poema, una oda que tenga buen ritmo y excelentes cesuras, que sea fácil y que tenga cierta elegancia y cierta armonía. Dicho hombre puede publicar su obra en un volumen y hasta creerse poeta lírico, épico ó trágico, como el loco que se creia propietario del hospital. Entre tanto la envidia, protectora de las medianías, sonreirá al ver aparecer la obra; orgullosos críticos, que quieren, como Dios, crear algo de la nada, se entretendrán en formarle una reputacion; algunos aficionados de los que no se obstinan ciegamente en querer que las palabras expresen ideas, elogiarán, imitando al crítico, la claridad, el mérito y el buen gusto del nuevo poeta; los salones, que son ecos de los diarios, se extasiarán y la publicacion alcanzará crédito.

Los que no admiran por su propia voluntad, sino por la agena, se cansan pronto de admirar. Existe en el fondo de casi todos los hombres no sé qué sentimiento envidioso, que vela incesantemente en su corazon, para retener en él la expresion de la alabanza merecida y para encadenar en él el impulso del entusiasmo justo. El hombre más vulgar solo concede á la obra más superior un elogio restringido, para que no se le crea incapaz de escribirla. Quizá imagina que elogiar á otros es proscibir su derecho al elogio, y solo consiente al génio de cualquier poeta el elogio suficiente para que no se crea que abdica del que se le pueda adjudicar; y ahora me refiero, no á los que escriben, sino á los que leen, la mayor parte de los que no escribirán nunca. Además, aplaudir es de mal tono; la admiracion dá á la fisonomía una expresion ridícula, y el transporte de entusiasmo puede desarrugar los pliegues de la corbata.

Estas son las poderosas razones que influyen en que hombres inmortales que honran su siglo arrastren vida amarga y miserable, para que el génio se extinga desalentado, para que Camöens men-

digue, para que Milton padezca en la miseria, para que otros géneos ignorados, más desgraciados y más grandes quizá, mueran sin haber podido revelar sus nombres y su talento, como las lámparas que alumbran y que se apagan en una tumba. Añadamos á todo esto que mientras al verdadero génio se le rehúsa la merecida gloria, vemos levantarse multitud de reputaciones inexplicables y de famas usurpadas; vemos que el corto número de escritores más ó menos medianos que dirigen momentáneamente la opinion, exaltan á las medianías, que no temen y deprimen, por temor, á los hombres superiores. Pueden conseguir verdaderamente emponzoñar la existencia de un gran hombre, pero el tiempo y la muerte vendrán más tarde y le harán justicia. Las reputaciones en la opinion pública son como los líquidos de diferente peso encerrados dentro de una misma vasija. Si agitan la vasija, los licores se mezclan fácilmente; pero cuando se la deja en reposo, los licores vuelven á tomar lentamente su sitio por el orden que les designan su peso y su naturaleza.

La pintura de las pasiones, variables como el corazón humano, es un manantial inexplicable de impresiones nuevas; no sucede lo mismo con la voluptuosidad: en ella todo es material, y cuando habeis agotado el alabastro, la rosa y la nieve, ya no os queda nada que decir.

Los que observan con curiosa satisfacción los diversos cambios que el tiempo y los tiempos operan en el espíritu de una nación, considerada como un gran individuo, pueden observar en este momento un fenómeno literario singular, que ha nacido de otro fenómeno político; de la revolucion francesa. Existe en la actualidad en Francia el combate entre una opinion literaria muy poderosa aun y el génio de este siglo. Esta opinion, ávida herencia que legó á nuestra época el siglo de Voltaire, solo quiere caminar escoltada por todas las glorias del siglo de Luis XIV. Esta opinion solo vé poesía en los versos, y semejante á los jueces que juzgaron á Galileo, no vé que la tierra se mueve y que el talento crea; esta opinion manda que las águilas no vuelen más que con alas de cera; y mezcla en su ciega admiracion, con las inmortales famas, que perseguiría si viviesen ahora, antiguas reputaciones usurpadas que los siglos no han com-

probado, y que ella toma como autoridades contra las reputaciones contemporáneas.

Esta opinion, que descorazona é injuria, que condena la originalidad como si fuese una heregía, dice que ha pasado ya el reinado de las letras, que las musas se han condenado al destierro y que no le abandonarán; pero cada dia jóvenes lirás la desmienten armoniosamente, y á su pesar, la poesía francesa reverdece con gloria á nuestro alrededor. Presenciamos la aurora de una gran era literaria, y esa infamante opinion quisiera que nuestra época, que brilla con su propia luz, solo fuese el pálido reflejo de las épocas precedentes. La funesta literatura del siglo pasado ha exhalado esta opinion anti-poética en nuestro siglo, como un miasma cargado de principios mortíferos, y triste es decirlo, dirige aun á la inmensa mayoría de los espíritus que componen nuestro público literario. Los jefes que proclamaron esa opinion han desaparecido, pero la opinion gobierna todavía las masas, y está sobrenadando, como navío que ha perdido los mástiles. Sin embargo, empieza á sobresalir una pléyade de jóvenes cuyos cerebros, llenos de savia y de vigor, han estudiado la Biblia, á Homero y á Dante, han bebido en los primitivos manantiales de la inspiracion, y llegarán á constituir la gloria de nuestro siglo. Esos jóvenes serán los jefes de una escuela nueva y pura, rival, pero no enemiga, de las escuelas antiguas, y extenderán su opinion poética, que llegará un dia en que sea tambien la de las masas. Hasta que lo consigan, tendrán que entregarse á muchos combates y sostener muchas luchas; pero soportarán con el valor del génio las adversidades de la gloria. La rutina retrocederá lentamente ante ellos, y llegará el dia en que caiga para cederle su sitio, como la escoria seca de una antigua llaga que se cicatriza.

Los hombres graves que son perspicaces en gramática, en versificación y en prosodia, y al mismo tiempo son ciegos en poesía, se asemejan á los médicos que conocen detalladamente todas las fibras de la máquina humana, pero que niegan el alma y no creen en la virtud.

Del génio.

Las pasiones son elocuentes; cuando

el hombre está persuadido, persuade; para que lloren es necesario llorar; el entusiasmo es contagioso.

Probad á arrancarle el hijo á una madre; vereis cómo sus lamentos, sus gritos y sus dolores os enternecen y os hacen desistir de vuestro propósito. Efectivamente, hay un lenguaje que no engaña, que todos comprenden y que pueden usar todos los hombres; el de las grandes pasiones que enseñan los grandes sucesos: *sunt lacrymæ rerum*; hay momentos en que todas las almas se comprenden; hay momentos en que el pueblo de Israel se levanta como un solo hombre.

Qué es la elocuencia? Demóstenes lo dice: la accion, la accion y siempre la accion. Pero en moral como en física, para imprimir un movimiento es preciso moverse. ¿Cómo se comunica este movimiento? Viene de arriba, y debe bastaros que suceda así. Conmoveros si quereis conmover; llorad si quereis que lloren: este es un círculo del que no se puede salir. ¿De qué nos hubiera servido el dón de comunicar nuestras ideas si, como á Casandra, no nos hubieran querido creer? ¿Cuál fué el momento más sublime del emperador romano? El momento en que los tribunos de la plebe le prohibieron usar la palabra.—“Romanos, gritó, juro que he salvado la República.” El pueblo se levantó en masa y le contestó:—“Juramos que ha dicho la verdad.”

Todo lo que acabamos de decir de la elocuencia se puede decir de las demás artes, porque las artes tienen la misma lengua hablada de diferente modo. Nuestras ideas son sensaciones, y sensaciones comparadas, y las artes solo son diferentes maneras de expresar nuestras ideas. Rousseau, examinándose á sí mismo y comparándose con el modelo ideal que el hombre tiene grabado en la conciencia, trazó un plan de educacion que garantizaba á sus discípulos de todos sus vicios, pero al mismo tiempo de todas sus virtudes.

El gran hombre no se apercibió de que al dar á su idilio lo que le faltaba, le quitaba lo que poseía. El hombre educado entre las risas de la alegría, sería como un atleta educado lejos de los combates. Para ser un Hércules es preciso haber ahogado las serpientes desde la cuna. Pretende Rousseau apartar al hombre de la lucha de las pasiones; ¿pero sería vivir evitar la vida? Existir, según Locke, es sentir. Los grandes hombres han visto y han sentido mu-

cho, y con frecuencia en pocos años han vivido muchas vidas. Es preciso convenirse de que los gigantescos abetos solo crecen en la region de las tempestades. Atenas, ciudad tumultuosa, produjo mil grandes hombres; Esparta, ciudad ordenada y silenciosa, no produjo más que uno, Licurgo. Observamos que la mayoría de los grandes hombres aparecen entre las grandes fermentaciones populares: Homero nace en los siglos heróicos de la Grecia, Virgilio en la época del triunvirato, Ossian entre las ruinas de su pátria y de sus dioses; Dante, Ariosto y el Tasso en medio de las convulsiones renacientes de la Italia; Corneille y Racine en el siglo de la Fronda, y Milton en la primera revolucion popular de Inglaterra, al pié del sangriento cadalso de White-Hall.

Si examinamos el destino de esos grandes hombres, veremos que les atormentó á todos una vida agitada y miserable. Camöens hiende los mares llevando su poema en la mano; Ercilla escribe sus versos sentándose en la piel de las fieras en los bosques de Méjico. A los que los sufrimientos del cuerpo no distraen los sufrimientos del alma, se les vé arrastrar una vida tempestuosa y devorarles la irritabilidad del carácter, que es una desgracia para ellos y para los que les rodean. Entre ellos solo son dichosos los que mueren prematuramente, consumidos por la actividad de su propio génio, como Pascal; ó por su dolor, como Moliere y Racine; ó vencidos por los terrores de su propia imaginacion, como el infortunado Tasso.

Admitido, pues, el principio reconocido por la antigüedad de que las grandes pasiones forman los grandes hombres, debemos reconocer al mismo tiempo que así como hay pasiones más ó menos fuertes, así tambien existen diversos grados en el génio.

Examinando ahora qué elementos son los más capaces de excitar la violencia de nuestras pasiones, ó, lo que es lo mismo, de nuestros deseos, que solo son voluntades más ó menos pronunciadas, hasta que llegan al extremo de constituir la voluntad firme y constante que hace desear una cosa toda la vida, todo ó nada como César, ariete terrible con que el hombre se destroza á sí mismo, debemos estar de acuerdo en que si existe algo capaz de excitar tan tenaz voluntad en un alma noble y firme, este algo debe ser incontrovertiblemente lo que mayor fuerza tenga entre los hombres,

Echando una ojeada á nuestro alrededor, veamos si hay algo en el mundo á lo que pueda esta sublime denominacion justamente aplicarse por el consentimiento unánime de todos los tiempos y de todos los pueblos, y llegaremos á descubrir la encantadora verdad, ante la que retrocedió toda la filosofía antigua y hasta el gran Platón: la verdad de que el génio es la virtud.

Poetas, tened siempre la autoridad de proponeros un fin moral. No olvideis nunca que los niños pueden leerlos y tened compasion de las cabezas blondas. Debe respetarse más la infancia que la vejez.

El hombre de génio no debe retroceder ante ninguna dificultad: á los hombres ordinarios les bastan las armas pequeñas; los grandes atletas necesitan la pesada clava de Hércules.

Plan de una tragedia, escrito en el colegio.

Dos sucesores de Alejandro, Casandra y Alejandro, hijo de Polyperchon, se disputan el imperio de la Grecia. El primero está atrincherado dentro de la ciudadela de Atenas, el segundo acampa al pié de las murallas. Atenas, colocada entre dos poderosos enemigos y amenazada de caer en ruinas, está además atormentada por disensiones interiores. El pueblo es partidario de Alejandro, que le promete restablecer el gobierno popular; el Senado es partidario de Casandra, que ha restablecido el gobierno aristocrático. El pueblo odia violentamente á Phocion, jefe del Senado, el mayor enemigo de los deseos de la muchedumbre. Phocion, al atravesar esta crisis, en la que pelagra tanto él como el Estado, no tiene otro interés que el interés de sus conciudadanos, no piensa en otra cosa más que en la salvacion de la República, y por conseguirla trabaja con toda la imprudencia de su alma noble. Los medios que emplea para salvar á la pátria los emplea para perderse á sí mismo. Consigue convencer á los dos jefes rivales de que se alejen del Africa y de que respeten á Atenas: así lo hacen; pero en seguida es acusado de traicion, se presenta ante el pueblo y le condenan. Aquí está condensada en pocas palabras toda la accion de la tragedia; es sencilla y noble. Es el cuadro de las agitaciones populares y de la virtud desgraciada, esto es, el mayor ejemplo que se pueda

presentar á los hombres y un espectáculo digno de los dioses.

Por una parte se vé el odio del pueblo á los enemigos de Phocion; su virtud imprudente, que le dá armas contra sí mismo, á Alejandro y á su ejército; por otra parte se ven las tropas de Casandra, el partido de los antiguos ciudadanos y la autoridad del Senado; y por fin se vé en la tragedia el ascendiente eterno de la virtud, que hace triunfar á Phocion siempre que se presenta ante la muchedumbre: de este modo se equilibra la balanza teatral; la accion se desarrolla por medio de una série de revoluciones inesperadas, y los medios de ataque y de resistencia guardan entre sí las proporciones debidas para excitar la ansiedad del público. Así se vé que en el tercer acto Phocion no teme presentarse en el campamento de Alejandro, su enemigo, y que le decide á aceptar una entrevista con Casandra.

Parece que este bravo modo de obrar deba desarmar la ingratitud del pueblo y cerrar la boca á sus acusadores, pero Phocion se ha expuesto á la muerte voluntariamente, sin obedecer á ningun mandato; por salvar al pueblo no ha hecho caso del decreto popular que le destituia de su cargo, pero decreto que el Senado no habia sancionado aun. Cuando el espectador cree que la accion camina hácia un feliz desenlace, se encuentra con que el peligro es mayor que nunca. Revolucionado el pueblo, sitia la morada de Phocion; no se vé medio alguno de salvarle; el Senado ha perdido la fuerza y Casandra está muy lejos; no tiene más remedio que morir. Sus servidores proponen á Phocion que arme á sus esclavos y que venda cara la vida, pero el gran hombre rechaza este medio. El pueblo se precipita en la escena pidiendo su muerte: Phocion no se conmueve; los oradores agitan á la muchedumbre con sus palabras y con sus gritos; Phocion la arenga, pero viendo que el tumulto redobla y que no puede atraer á la multitud á los sentimientos humanos, sube él mismo á su propio tribunal, y desde este momento se verifica una revolucion teatral. Ya no es el anciano que disputa la vida al populacho desenfrenado, es el juez supremo que vá á castigar á los revolucionarios. Los asesinos caen de rodillas ante Phocion; el anciano, profundamente afectado por la ingratitud de sus ciudadanos, no les pide venganza, no les pide ni aun la vida; solo les pide que le dejen vivir un

dia para salvarles. De este modo cámbia la faz de la escena; el pueblo se apacigua, los dos reyes van á tener una entrevista en la ciudad para establecer un pacto; parece ya que Phocion nada deba temer. Pero de repente Agnonides se levanta y aconseja al pueblo que se apodere de los dos reyes, para terminar de ese modo las desgracias de Grecia. Al escuchar esta pérvida proposicion, cuyas ventajas se ven con claridad, renace la incertidumbre: se comprende en seguida el efecto que ha de producir la respuesta de Phocion en un pueblo en el que Aristides no se atrevió por segunda vez á preferir lo justo á lo útil. Phocion comprende el lazo que le tienden, pero no se descorazona. Hacerlo que Aristides no se hubiera atrevido á hacer: permanece siendo partidario de lo justo contra los partidarios de lo útil. La entrevista de los dos reyes no se realiza, y Phocion queda citado ante la Asamblea del pueblo como culpable de haber desaprovechado la ocasion de poder salvar la República.

Al llegar aquí, la accion de la tragedia se precipita. Phocion va á presentarse ante la Asamblea, compuesta de un monton de esclavos, de extranjeros y de sus enemigos, cuando se sabe que Casandra descende de la Acrópolis y viene á salvarle. El anciano, aunque vé que el pueblo viola las leyes para condenarle, no quiere escaparse. Camina delante de los que venian á librarle y les obliga á entrar en la ciudadela; vuelve en seguida y se presenta solo ante el pueblo: va á ser absuelto, cuando de repente el ejército de Alejandro aparece en lo alto de las murallas. El pueblo se revoluciona, desconoce la autoridad del Senado y condena á Phocion á muerte. Phocion toma la copa y bebe el veneno.

Esta tragedia quizá encierra bellezas literarias, pero representada quizá no seria aplaudida. Comprendo que en el teatro apareceria fria, porque en el teatro un cuento de amores vale más que una historia.

Campistron ha presentado ya á Phocion en la escena. Su obra dramática, como todas las que ha escrito, está bastante bien concebida y no la conduce mal. Tiene invencion en los caracteres, pero no ha sabido sostenerlos: esto es lo que sucede con frecuencia á los que como él no han visto ni han observado y que se imaginan que se describe el amor por medio de exclamaciones y la virtud por medio de máximas.

En 1793 la Francia hacia frente á la Europa y la Vendée hacia frente á la Francia. La Francia entonces era más grande que la Europa y la Vendée más grande que la Francia.

Diciembre, 1820.

Todos los jóvenes que empiezan á adoptar ideas políticas están perplejos en la actualidad, porque por regla general nuestros padres son bonapartistas y nuestras madres realistas.

Para nuestros padres era Napoleon el hombre que les concedia charreteras, y para nuestras madres era Bonaparte el hombre que las privaba de sus hijos. Para nuestros padres, la revolucion era el acontecimiento más notable que pudo producir el génio de una Asamblea y el imperio el suceso más glorioso que pudo conseguir el génio de un hombre. Para nuestras madres, la revolucion representaba la guillotina y el imperio representaba el sable.

Nosotros, sus hijos, los que nacimos durante el Consulado, hemos crecido sobre las rodillas de nuestras madres, estando nuestros padres en el campamento; y viéndose privadas nuestras madres de sus esposos por los caprichos de un conquistador, fijaban en nosotros, que éramos tiernos estudiantes de diez y ocho años, sus cariñosos ojos maternales llenos de lágrimas, al pensar que cumpliríamos diez y ocho años en 1820 y que en 1825 llegaríamos á coroneles ó moriríamos en el campo de batalla.

La aclamacion que saludó á Luis XVIII en 1814 al subir al trono, fué el grito de alegría para las madres.

Por regla general, hay pocos adolescentes de nuestra generacion que no hayan mamado con la leche de sus madres el odio de las dos épocas violentas que precedieron á la Restauracion.

El bú de los hijos de 1802 era Robespierre, y el bú de los hijos de 1815 era Bonaparte.

Hace poco sostuve con audacia en presencia de mi padre mis opiniones vendeanas. Mi padre me escuchó en silencio, y despues, volviéndose hácia el general L\*\*\*, que estaba con nosotros, le dijo: *Demos tiempo al tiempo; el niño tiene la misma opinion que su madre, pero el hombre tendrá la misma opinion que su padre.*

Esta prediccion me dejó pensativo. Suceda lo que suceda, y admitiendo hasta cierto punto que la experiencia pueda modificar la impresion que nos causa el primer aspecto de las cosas cuan-

do entramos en la vida, el hombre honrado está seguro de no errar sometiendo todas sus modificaciones á la severa crítica de su conciencia. La conciencia recta que vela en el espíritu le salva de tomar las malas direcciones, en las que la honradez se puede perder. En la Edad Media se creía que cualquier líquido en el que hubiera estado sumergido un zafiro durante algun tiempo, era un preservativo contra la peste, contra el carbunco y la lepra *en todas sus variedades*, como dice Juan Bautista de Rocoles.

Pues ese zafiro es la conciencia.

### DIARIO

de las ideas y de las opiniones de un revolucionario de 1830.

AGOSTO.

Después de Julio de 1830 nos hacia falta la práctica de la *República* y la palabra *Monarquía*.

Considerando los hechos bajo el punto de vista político, la revolución de Julio nos hizo pasar bruscamente del constitucionalismo al republicanismo. El sistema inglés es inservible ya en Francia, y los whigs se tendrían que sentar en la extrema derecha de nuestra Cámara. La oposición ha cambiado de sitio, como todo lo demás. Antes del 30 de Julio estaba en Inglaterra, hoy está en América.

Las sociedades solo están bien gobernadas de hecho y de derecho cuando estas dos fuerzas, la inteligencia y el poder, se superponen. Si la inteligencia solo alumbraba una cabeza en la cumbre del cuerpo social, esta cabeza debe ser la que reine; las teocracias tienen su lógica y su belleza. Pero desde que la ilustración alumbraba á muchos, deben gobernar muchos; entonces las aristocracias son legítimas. Y cuando la oscuridad ha desaparecido de todas partes, cuando la ilustración alumbraba todas las cabezas, deben gobernar todos. Si el pueblo está ya maduro para tener República, debe tener República. Lo que brilla ahora entre nosotros es una aurora. Nada le falta para serlo, ni aun el gallo.

La fatalidad, que los antiguos decían

que era ciega, vé ahora claro y razona. Los acontecimientos se precipitan, se encadenan y se deducen en la historia con aterradora lógica. Colocándose á alguna distancia de ellos pueden verse sus demostraciones en su verdadera proporción rigurosa y colosal, y la razón humana queda humillada al explicarse los enormes silogismos del destino.

Todo ha de ser ficticio, artificial y defectuoso en el orden de cosas en que las desigualdades sociales contraríen á las desigualdades naturales. El equilibrio perfecto de la sociedad resulta de la superposición inmediata de esas dos desigualdades.

Los reyes cuentan con el día de hoy, los pueblos deben contar con el día de mañana.

Segun Hipócrates, existe en las enfermedades lo desconocido, lo misterioso y lo *divino*. *Quid divinum*. Lo que él aplica á las enfermedades puede aplicarse á las revoluciones.

La última razón de los reyes son las balas, y la última razón de los pueblos es el empedrado.

No pertenezco al número de los que usan gorro frigio y están encariñados con la guillotina. Para muchos razonadores frios, que después del gran acontecimiento profesan la teoría del Terror, el año 1793 ha sido una amputación brutal, pero necesaria. Robespierre fué un Dupuytren político, y lo que llamamos guillotina ha sido un bisturí. Pero de hoy en adelante es preciso que las enfermedades sociales no se curen por medio del bisturí, sino por la lenta purificación de la sangre, por la reabsorción prudente de los humores extravasados, por medio del alimento sano, por medio del ejercicio de las fuerzas y de las facultades, por medio de un buen régimen. No necesitamos ya cirujano, sino médico.

Muchas cosas buenas se han conmovido y están aun temblando por la brusca sacudida que acaban de experimentar. Los artistas, particularmente, se han quedado estupefactos y corren en todas direcciones, teniendo las ideas desparamadas; pero deben sosegar. En cuanto pase este terremoto, abrigo la firme convicción de que encontraremos el edificio

de la poesía en pie y más sólido después de haber resistido las sacudidas. El arte ha sufrido también una revolución para conquistar la libertad, y nuestra revolución caminará intacta al lado de su hermana la revolución política. Las revoluciones, como los lobos, no se comen unas á otras.

SETIEMBRE.

Nuestras enfermedades de hace seis semanas consisten en el ministerio y en la mayoría de la Cámara que lo ha nombrado.

Es un error creer que nuestra revolución no turbará el equilibrio europeo: no será así. Pero nos dará gran fuerza el poder soltar contra cualquier rey á su propio pueblo, contra cualquier rey que nos suelte su ejército. La revolución combatirá por nosotros en todas las partes que queramos.

Por mil razones es temible la Inglaterra. El ministerio inglés nos hace buena cara porque hemos inspirado al pueblo inglés un entusiasmo que hace fuerza al gobierno. Sin embargo, Wellington sabe por dónde nos ha de coger y empezará á apoderarse de nuestro país, cuando llegue la hora, por Argel ó por la Bélgica. Por eso debemos procurar ligarnos estrechamente con el pueblo inglés para que nos respete su ministerio, y para eso enviar á Inglaterra un embajador popular, á Benjamin Constant. De esta manera nuestro embajador sería el primer personaje de Inglaterra, porque nos causaría terrible contragolpe que se hiciera en Londres, en Manchester ó en Birmingham declaración de guerra á la Francia. Plantar la idea francesa en el territorio inglés sería grandioso y político.

La unión de la Francia y de la Inglaterra puede producir inmensos resultados para el porvenir de la humanidad. La Francia y la Inglaterra son los dos pies de la civilización.

Son extrañas las caras de los sujetos que aparecen en las calles al día siguiente de una revolución. A cada paso os codean el vicio ó la impunidad personificados y con la escarapela tricolor. Hay muchos hombres que creen que la escarapela todo lo tapa. Nos quedamos asom-

brados de ver existencias que surgen de repente en la noche siguiente á una revolución. Tiene algo de hongo el hombre político; en su vida intervienen el azar y la intriga.

Cárlos X cree que la revolución que lo ha derribado ha sido una conspiración sorda y subterránea preparada de mucho tiempo atrás, pero está en un error; ha sido sencillamente una coza que le ha dado el pueblo.

Mi antigua convicción realista-católica de 1820 se ha ido disipando poco á poco durante diez años al soplo de la edad y de la experiencia. Resta algo aun de ella en mi espíritu, pero lo que resta de ella solo es una religiosa y poética rutina. Me vuelvo algunas veces á contemplarla con respeto, pero ya no me arrodillo ante ella, ni oro.

Alfieri ha dicho en alguna parte que el orden en el reinado de la tiranía es *una vida sin alma*.

La idea de Dios y la idea del rey son y deben ser dos ideas distintas. La monarquía de Luis XIV las confundió en una, con detrimento del orden temporal y con detrimento del orden espiritual. Resulta de esa clase de monarquismo una especie de misticismo político, de fetichismo realista, de no sé qué religión personal del rey, del cuerpo del rey, que tiene un palacio por templo y gentiles-hombres de cámara por sacerdotes y la etiqueta por Decálogo. Todas las ficciones que se llaman *derecho divino*, *legitimidad*, *gracia de Dios*, son el reverso del verdadero derecho divino, que es la justicia; de la verdadera legitimidad, que es la inteligencia; de la verdadera gracia de Dios, que es la razón. Esta religión de los cortesanos no conduce á otro resultado que á sustituir con la camisa de un hombre la bandera de la Iglesia.

Estamos en el momento en que reina el terror pánico. Asusta el club, porque esta palabra la traducen las masas por una cifra; por el 93: para las clases bajas el 93 es la indigencia; para las clases medias es el máximo; para las clases altas es la guillotina. Pero hay que tener presente que nos encontramos ya en 1830.

La República, como la entienden algunos, significa la guerra de los que no